

Armando López Castro

María Luzdivina Cuesta Torre

(editores)

**ACTAS DEL XI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)**

VOLUMEN I



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Secretariado de Publicaciones

2007

Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (11º. 2005. León)

Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval : (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005) / Armando López Castro, María Luzdivina Cuesta Torre (editores). -- [León] : Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 2007

2 v. : il. ; 24 cm.

Contiene : Vol. I – Vol. II. – Textos en español, portugués y catalán
ISBN 978-84-9773-357-6

1. Literatura medieval-Historia y crítica-Congresos. I. López Castro, Armando. II. Cuesta Torre, María Luzdivina. III. Universidad de León. Secretariado de Publicaciones. III. Título

82.09"04/14"(063)

© **Universidad de León**

Secretariado de Publicaciones

© Los autores

ISBN: 978-84-9773-357-6

Depósito Legal: LE-1443-2007

Impresión: Universidad de León. Servicio de Imprenta

LA MUERTE DE DOS JÓVENES HEREDEROS: DE JUAN, PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS, A PERIÓN DE GAULA

Patricia Esteban Erlés

Universidad de Zaragoza

La noticia de la muerte del príncipe Juan, único hijo varón y heredero de los Reyes Católicos fue recibida en la corte española con una tristeza directamente proporcional a la alegría que había suscitado su nacimiento, apenas diecinueve años antes. Así nos lo hacen saber algunos de los testimonios de la época que se han conservado, en los que se describe cómo la consternación general fue la nota predominante de unas exequias multitudinarias, donde el dolor de la nobleza se unió al de las masas populares y la espectacularidad que presidía todos los fastos de la monarquía católica se puso de manifiesto una vez más. Tras el prematuro fallecimiento se decretaron cuarenta días de luto y toda la cera que pudo encontrarse en Salamanca fue considerada insuficiente para el velatorio del príncipe, por lo que hubo de traerse de otros puntos del país. Centenares de metros de terciopelo negro se emplearon para cubrir el túmulo, al tiempo que banderas luctuosas ondeaban en las puertas de las ciudades en señal de duelo y gentes de muy diversa condición salían a las calles vestidas de blanco, siendo esta, según parece, la última vez en que dicho color se utilizó como muestra de luto en tierras castellanas.

Nada parecía ser bastante para lamentar con justeza el tamaño de semejante desgracia, porque la muerte del que hubiera pasado a la historia con el nombre de Juan III, acaecida en Salamanca el día cuatro de octubre de 1497, además de causar una pena inconsolable a la reina Isabel y de arrancar de cuajo muchos de los sueños mesiánicos de Fernando, afectó de forma muy directa a un nutrido grupo de humanistas, los cuales no tardaron en manifestar su sentir ante un acontecimiento que implicaba, simultáneamente, la pérdida de un joven heredero y de un potencial mentor para sus obras.

Tal y como han señalado Miguel Ángel Pérez Priego (1997) y Jacobo Sanz Hermida (1998), entre otros, la muerte del Príncipe de Asturias inspiró un sinfín de textos fúnebres y consolatorios que asumieron los más diversos moldes genéricos y fueron escritos tanto en latín como en romance castellano,¹ entre los que cabría destacar algunas diferencias sustanciales. Dentro de los del primer grupo figuran una serie de textos de tono elevado dirigidos a los desconsolados padres, a los que se trata de reconfortar en tan duro trance aconsejándoles una actitud de resignación cristiana y recurriendo con frecuencia a las imágenes alegóricas. Otros escritos se centran en la alabanza hiperbólica del fallecido, a quien se compara con célebres héroes mitológicos o en la descripción del luto universal que ha provocado su muerte. En paralelo, los textos romanceriles suelen optar por el desarrollo narrativo de la anécdota, es decir,

¹ La lengua clásica del humanismo alentó una serie de escritos, entre los que se encuentran el epitafio que compuso Lucio Marineo Sículo, el texto elegíaco de Pedro Martín de Anglería, cuatro diálogos en prosa de Diego Ramírez de Villaescusa y el tratado de Alfonso Ortiz, supuestamente dirigido al preceptor del difunto, el obispo Diego de Deza. Por otro lado, el castellano fue el idioma elegido por algunos de los servidores más cercanos del heredero para manifestar su dolor, a través de sentidas invenciones, como la del cazador mayor de la Casa del Príncipe, Luis Hurtado de Mendoza, o poemas extensos, como la *Tragedia trobada* de Juan del Enzina. En un entorno más popular, la muerte del joven también alcanzó una honda repercusión, cuyos ecos todavía resuenan hoy en algunas aldeas y pueblos españoles, en forma de romances que se difundieron oralmente y que muestran un amplio catálogo de motivos relacionados con la corta vida del príncipe, su apasionado amor hacia la princesa Margarita de Austria, y los acontecimientos que rodearon el brusco final de su existencia.

nos muestran aquellos aspectos más emotivos y humanos del fallecimiento de Juan: el momento en que el médico le comunica la proximidad de su muerte, el lamento del joven esposo enamorado que siente dejar a Margarita viuda y embarazada, la llegada del rey Fernando al lecho de su hijo en el último aliento de este, etc. En definitiva, no parece exagerado concluir que a raíz del fallecimiento se escribieron multitud de textos de índole consolatoria y narrativa que elevaron al malogrado heredero a la categoría de personaje literario.

Ecos del luctuoso acontecimiento podían escucharse aún trece años después, porque a la altura de 1510 se edita en Salamanca, ciudad infausta a la que se dice que los Reyes Católicos no volvieron nunca tras la muerte de su hijo, un atípico libro de caballerías, el *Florisando* de Ruy Páez de Ribera. Este libro, que hace el volumen sexto de la serie amadisiana, consigna un fallecimiento principesco de muy similares características. Repasando brevemente su argumento podemos ver cómo en el capítulo 153 de dicha obra la corte del rey Amadís regresa al siglo gracias a la intervención de cinco hombres de Iglesia, tras permanecer encantada en un alcázar subterráneo durante quince años, por deseo de la maga Urganda. Pero la alegría que se adueña del pueblo y del elenco aristocrático ante el feliz desenlace durará muy poco, porque apenas unas páginas después el rey Arbán de Norgales, hombre de confianza de Amadís que ha velado por los intereses de sus territorios y ha cuidado de sus dos hijos pequeños, el infante Perión y la infanta Elisena, debe comunicarle la peor de las noticias: el joven príncipe ha muerto, «*llevado por su natural dolencia*», a los catorce años de edad (Páez de Ribera 1510: f.163r^a).

Al contrario de lo que sucede en el caso del príncipe Juan, cuya corta vida fue objeto de interés para múltiples cronistas de la época hasta en sus detalles más nimios, los datos referidos al infante Perión que hemos podido recabar son muy escasos. El malogrado niño aparecía por primera vez en las *Sergas* de forma fugaz, apenas mencionado por el narrador² y tanto él como su hermana Elisena permanecían al margen del encantamiento que Urganda decide realizar para salvar a sus amigos de una muerte inminente. Al final de la obra se le dedica algo más de atención, pues junto al resto de jóvenes príncipes descendientes del entorno amadisiano tratará de emular las hazañas de un mundo caballeresco que se ha perdido³. Ya en el *Florisando*, concretamente en el capítulo 88, asistimos a la embajada del ermitaño que ha ejercido como ayo del joven héroe, quien intercede por Amadís y los suyos ante el emperador de Roma para pedirle que en ausencia de sus padres asuma el papel de tutor de los principitos, esos «*tan niños que por sus personas defender no se pueden*» (Páez de Ribera 1510: f. 98r^b), pero nada más volvemos a saber de él hasta que conocemos la noticia de su muerte. Se trata, por lo tanto, de un personaje secundario, al que Páez decide hacer desaparecer de forma brusca, por razones que examinaremos más adelante. Sin embargo, la vida literaria de Perión no se extingue definitivamente aquí, porque andando el tiempo Feliciano de Silva retoma la historia en el punto en que la había dejado Montalvo en sus *Sergas*, es decir, en el momento en que Urganda lleva a cabo su encantamiento y los hijos de los héroes, niños aún, quedan solos en el mundo. Haciendo caso omiso a la dirección tomada por Páez de Ribera, Silva imprime un tono mucho más fantasioso y cortesano a su *Lisuarte de Grecia*, obviando el componente doctrinal que tanta importancia tenía en el *Florisando* y enmendando la plana de su esquema argumental; por un lado, reniega de la existencia de ese protagonista espurio, supuestamente hijo de unas relaciones secretas mantenidas por el hermano de Amadís y la infanta Corisanda, mientras que por otro

² «E fueron reyes él y Oriana muy prosperados de la Gran Bretaña y de Gaula; y ovieron otro fijo, que se llamó Perión [...]» (*Sergas de Esplandián*, 29, 253)

³ «aviendo consideración de los tiempos passados en que sus famosos padres demandavan las aventuras, [y] tan altas cosas en armas avian fecho, y viendo cómo al presente todo avia perecido, deseando mostrar sus grandes fuerças [...], de acuerdo de todos fue que aquellos tiempos olvidados por ellos fuessen ressuscitados, tornando al primero estilo, andando por sus tierras y agenas como cavalleros andantes, y así lo pussieron en obra» (*Sergas de Esplandián*, 184, 823-824).

decide «resucitar» al príncipe Perión de Gaula, legítimo heredero de Amadís, a quien desagradaba concediéndole la mitad del protagonismo de su obra.

Volviendo al capítulo del *Florisando* en el que se refiere la muerte del joven príncipe, nos parece bastante probable que el autor tuviera presentes en el momento de su composición las circunstancias que habían rodeado el óbito de Juan, e incluso algunos de los textos consolatorios que este había generado. Desde el punto de vista del desarrollo de la trama pueden señalarse algunas coincidencias significativas, como el hecho de que el pobre Perión (llamado así en recuerdo de su abuelo paterno, al igual que el propio Juan), sufre unas fiebres virulentas y muere en ausencia de sus padres. En paralelo, Juan cayó enfermo en Salamanca mientras los Reyes Católicos se hallaban camino de la frontera con Portugal, lugar en el que debían entregar en segundas nupcias a su hija Isabel, y sólo Fernando llegó a tiempo de verlo con vida. Ambos herederos, el ficticio y el verdadero, permanecían al cuidado de un hombre de confianza del rey, el rey Arbán de Norgales y el obispo Diego de Deza, respectivamente, que son, además, los encargados de comunicar el fatal desenlace, en un caso, y el empeoramiento irreversible de la dolencia, en otro, a esos progenitores que hasta el momento habían permanecido ajenos a la gravedad del problema (Alcalá-Sanz Hermida 1998:179). A partir de aquí, tanto Amadís como Fernando deberán hacer acopio de varonil entereza para trasladar la noticia a sus esposas, quienes sabrán encajar el terrible golpe con una actitud parecida, a medio camino entre el dolor maternal y la serenidad cristiana; por último, los dos regios matrimonios se retirarán después en compañía de sus seres más íntimos, para compartir su dolor y consolarse mutuamente en privado, ajenos a los fastos que tienen lugar a su alrededor.

Junto a estas coincidencias relativas al contexto narrativo, podemos destacar otras que tienen que ver con la propia estructura interna del parlamento pronunciado por Arbán para confortar a Amadís. Fundamentado en la simbiosis de filosofía y retórica que constituye el arte del consuelo, este pasaje refleja la codificación de una serie de argumentos que pueden ayudar al hombre a superar un trance tan difícil. Después de un breve *exordium* en el que se identifica rápidamente el motivo causante de la aflicción, Arbán exhorta a Amadís a que supere su tristeza, (que era tenida por uno de los cuatro vicios capitales, incompatible con la virtud y la razón) mediante el uso de unos tópicos ya codificados en textos clásicos de Cicerón y Séneca, entre otros, y adaptados al cristianismo por escritores medievales entre los que figura Enrique de Villena, quien llegó a escribir un tratado sobre el tema. La consolación recomienda al sufriente que no se regodee en su desdicha y que intente aplicar el juicio para mitigar el dolor, de ahí que Arbán aconseje al rey de Gaula que utilice la razón y recuerde que no está solo en la desgracia, porque todos los que le rodean se hallarán tan afligidos como él en cuanto conozcan la noticia y deberá servirles entonces de apoyo moral. El recuerdo resulta, por lo tanto, un mecanismo esencial en el proceso de consolación; por un lado, consigue apartar al pensamiento del momento presente, mientras que por otro le suministra los argumentos necesarios para que la tragedia pierda su carácter absoluto, individual, y adquiera una dimensión relativa, compartida por un conjunto de seres ubicados en su entorno más cercano (reina, vasallos y gentes de su reino), pero también por valientes padres de la Antigüedad que supieron afrontar con la entereza necesaria la muerte de sus amados hijos.

En este sentido, parece evidente que Páez de Ribera recurrió a la utilización amplificada de una serie de ejemplos ya codificados y suficientemente ilustrativos una vez tomó la decisión de hacer desaparecer a Perión de la trama novelesca, a tenor de las coincidencias que pueden establecerse entre los ejemplos consolatorios procedentes de Valerio Máximo⁴ que emplea y varios versos pertenecientes a la *Tragedia trobada*, editada por Juan del Enzina poco después de la muerte del heredero español:

⁴ En concreto, Páez utiliza tres de los ejemplos que incluye el autor latino en el apartado “*Sobre padres que soportaron valerosamente la muerte de sus hijos*”, referidos a Emilio Paulo, Quinto Marcio y el pontífice Horacio Pulvilo, que no se menciona en los versos de la *Tragedia trobada*.

Si de Paulo Emilio quedó gran memoria
De esfuerço en la muerte de sus hijos dos,
Muy más de estos reyes, muy siervos de Dios,
que pierden tal hijo, tan dino de gloria;
si al rey Quinto Marcio le ensalça su estoria
que, muerto su hijo, fue luego al senado,
los nuestros merecen muy más alto grado,
viniendo tal muerte tras tanta victoria
(Alcalá-Sanz Hermida 1998: 249).

E acordaos, señor, e traed a la memoria que nos soys vos solo el que ha visto adversidades de muertes de fijos: que leemos muchos que haze grandes infortunios padecieron en casos e muertes desastradas que haze mayor el dolor e mas lastimado el sentimiento; e entre otros os dire del emperador Emilio Paulo, que de dos fijos que tenia le quito la Fortuna el uno quatro dias antes de su triunfo. E el otro yendo en el carro triunfal por grandissimo desastre delante de su padre cayo del carro de tal cayda que al tercero dia le arrebató la cruel muerte. E con quanta moderacion e fortaleza de animo sufriesse esto aquel príncipe [...]E pues assi ha sido e me han oydo mi continua peticion, con alegre gesto les doy ynfinitas gracias. Otrosí, señor, Quinto Marcio rey, un sólo fijo que tenia vio caer e morir; e con tanta templança suffrio aquel paternal dolor que se lee del que aquel mismo dia se assento a juzgar e llamo al pueblo para ordenar leyes (Páez de Ribera 1510: ff. 163ra-163r).

Sin embargo, puede señalarse que Páez reorienta este uso de materiales, a los que imprime el mismo tono moralizante que predomina en su atípico libro de caballerías, al añadir una cuña que no aparece en el texto del Enzina,

E digo que si aquellos sacrilegos principes y pontifices tanta observancia tenian en su falsa religion, tanta moderacion y sufrimiento en las grandes adversidades que les venian, mucho mayor las deven tener en los infelices casos los poderosos varones e christianisimos principes como vos soys, cuya es la verdadera religion e conocimiento del verdadero Dios e trino, de cuya catholica fe soys defendedores, e por la acrescentar continuos batalladores (ibid.)

Amadís, por tanto, debe tomar ejemplo de los grandes hombres paganos que supieron afrontar la muerte de sus hijos con tanta entereza, pero sólo para tomar impulso y superarlos, porque ellos no contaban con la fe verdadera como aliada. Todavía añadirá su fiel amigo Arbán un último motivo de consuelo a su discurso, que también se hallará relacionado con dos tópicos muy extendidos en la época: la caracterización de Dios como rey de reyes, superior a todos los monarcas mortales, y la naturaleza inexorable de su Divina Providencia, que alcanza y trata por igual a nobles y villanos:

E si los enxemplos de los principes infieles no pueden en este caso templar el real coraçon vuestro, entremeted el pensamiento en las obras de aquel Soberano Señor que muy continuamente con su açote ha visitado y visita las muy altas cosas y a muy poderosos reyes. Y no vemos cosas mas notoria a nuestros ojos ni humanos juizios que a los buenos e a los malos, a los muy altos e a los mas baxos, a los pobres e poderosos verlos

tan sujetos, que plugo a Dios que estos males afortunados fuesen a todos tan comunes.⁵

El pasaje consolatorio terminará, tal y como recomienda la preceptiva del género, con un párrafo retórico, no demasiado extenso, en el que se exhorta a Amadís para que acepte los designios de Dios, porque en definitiva a Él le debe todo lo que es y el poder que ha alcanzado. El rey de Gaula muestra, a su vez, un comportamiento ejemplar, pues no se deja abatir por el dolor y se limita a formularle dos únicas preguntas a Arbán: la edad que tenía el príncipe en la hora de su fallecimiento y si supo morir en la fe. Como vemos, la religión adquiere una importancia trascendental dentro de este episodio, en el que Amadís, regresa de golpe a la realidad del mundo y debe enfrentarse de forma dolorosamente directa con el problema de la mortalidad humana; gracias a su actitud y a sus piadosas palabras consigue redimirse de faltas anteriores y queda restituído en el mundo como soberano católico, pero ignoramos hasta qué punto el autor pretendía establecer una analogía entre el personaje literario y el rey Fernando, extremo que resultaría algo desconcertante si tenemos en cuenta el comportamiento posterior de Amadís, quien nuevamente parece recaer en el relajamiento de sus costumbres y no se muestra todo lo activo que sería deseable en su defensa de la fe católica.

Desde el punto de vista literario, queda claro que Perión muere porque representa la continuidad sucesoria de un linaje agotado al que deben buscarse otras alternativas. La muerte del heredero real parece servirle a Páez como punto de referencia narrativa, y dado que en ningún momento anterior se hace referencia a la enfermedad de Perión (ya hemos visto que se alude a él en el capítulo 88 y no se mencionaba palabra de sus fiebres), sino que se da como hecho consumado en el capítulo 153, podemos pensar que se decidió a incluir el triste final del infante en el último momento. En este sentido, resulta significativa esa pregunta de Amadís respecto a la edad que tenía su hijo, porque la respuesta que le da Arbán, («de quatorze años»), no coincide con los diecinueve de Juan en el momento de su muerte, pero sí, curiosamente, con los que tenía cuando juró fueros, según relata Zurita en sus *Anales de la Corona de Aragón*:

«Tambien juraron que quando el principe cumplisse la edad de catorze años, antes de usar de ninguna jurisdiccion, haria juramento de guardar los Fueros...» (apud. Alcalá-Sanz Hermida 1994: 40).

Por otro lado, puede recordarse que el rey Arturo sube al trono a los quince años (Roubaud-Bénichou 2000: 74) y el príncipe Perión muere antes de alcanzar dicha edad. Arturo constituye el ejemplo supremo de monarca, modelo de bravura y encarnación de las virtudes del pueblo bretón; con la muerte de Perión se extingue, justo cuando se halla en edad de asumir algunas de sus primeras obligaciones como heredero, la última esperanza de esta casta real, dado que Amadís se convierte en un monarca pusilánime apenas unos capítulos después y Esplandián sufre un inexplicable acceso de vanidad que le lleva a enfrentarse gratuitamente con el propio Florisando con el único fin de medir sus fuerzas. Elisena, la hermana menor de Perión, permanece inmune a las fiebres que terminan con la vida de este, pero aunque Páez de Ribera le permite sobrevivir (a pesar de que existía también toda una serie de tópicos consolatorios

⁵Al respecto podemos decir que esta imagen gozó de cierto éxito entre los autores que compusieron escritos consolatorios tras el fallecimiento del príncipe Juan; así sucede en los casos del Comendador Román, quien también concibe a Dios como soberano omnipotente o pariente mayor de un linaje en su *Sobre el fallecimiento del Príncipe* (1498?), «*Quédanos al Rey que puede/de rogar con fe muy grande/que vuestras penas ablande,/y en sus dias os erede*» (Alcalá-Sanz Hermida, 1998:298), y Diego Ramírez de Villescusa, autor de cuatro diálogos latinos que se publicaron en Amberes meses después de la muerte del heredero. En el último de estos textos la divinidad se reviste de similares atributos regios, cuando Isabel de Castilla se refiere a ella en una conversación con su desdichada nuera utilizando la expresión «*Gobernador del orbe (sin cuya Providencia inefable no cae en tierra ni siquiera un gorrión)*» (ibid.306).

especialmente dedicados a la muerte de las hijas de los que podría haber echado mano⁶) tampoco ofrece una alternativa dinástica adecuada. A pesar de su juventud, la infanta manifiesta enseguida un comportamiento hartamente reprochable, al entablar una apasionada relación amorosa con Arquísil, hijo del emperador de Roma, de la que resulta embarazada antes incluso de haberse comprometido. Se trata de uno de los pocos casos de amores prematrimoniales que nos salen al paso en el *Florisando*, y no parece casualidad que la protagonista sea, precisamente, la hija del rey de Gaula.

¿Cuáles eran los objetivos que perseguía Páez al introducir esta cuña de realidad en su obra? Por un lado, podemos pensar que la suma de unos cuantos materiales históricos y literarios lo suficientemente próximos en el tiempo como para que permanecieran en el recuerdo de todos le permitía llevar a cabo un ensayo retórico, la composición de un episodio original a partir de datos sobradamente conocidos. La muerte del heredero, ya lo ha dicho algún crítico, «*fue el acontecimiento más importante de su vida*» (Hillgarth 1984:255), y a la altura de 1510 todavía se trataba de un hecho de gran relevancia, pues había supuesto el primero de los elementos desencadenantes de la crisis sucesoria que se agudizaría después, con el fallecimiento por sobreparto de su hermana Isabel, el de su sobrino Miguel, cuando apenas era un bebé de dos años, y el de la propia reina, víctima de cáncer, en 1504. Además, conviene recordar que Isabel manifestaba en su testamento el deseo expreso de que los restos de Juan fueran trasladados a Ávila (Alcalá-Sanz Hermida 1998:203), última voluntad que el rey viudo cumplió pasado algún tiempo, al encargar la construcción de un suntuoso sepulcro en el monasterio de Santo Tomás al italiano Domenico Fancelli; este terminó su tarea entre 1511-1513 (Redondo Cantera 1987: 97), es decir, apenas unos años después de que el *Florisando* fuera llevado a las prensas, por lo que también es probable que todos los detalles relativos a la muerte del príncipe cobraran nueva actualidad por esas fechas.

Podríamos llevar más lejos el alcance de esta hipótesis, y preguntarnos si el autor limita al episodio de la muerte del heredero la inclusión de elementos vinculados a la realidad de su época, o existen otros, todavía por descubrir. Resulta tentador, pero también sumamente arriesgado, proponer una lectura en clave de este singular libro de caballerías que tenga como objetivo el hallazgo de paralelismos estrictos entre literatura y realidad. Sin embargo, no hay ningún motivo que nos impida suponer que Páez de Ribera pudo trasladar al papel, consciente o inconscientemente, huellas de determinados sucesos históricos que acontecieron en la España de la primera década del siglo XVI. Autores como Rafael Mérida Jiménez (1998), Rafael Ramos (1994) o Emilio Sales Dasí (1995) han encontrado en los primeros libros de la saga amadisiana referencias más o menos claras al contexto político e ideológico en el que fueron redactados, ¿por qué iba a ser el *Florisando* una excepción?

Como ya hemos dicho algo más arriba, España atravesó un fuerte momento de crisis tras la muerte de la reina, que dejó la corona de Castilla en manos de su perturbada hija Juana y del marido de esta, Felipe el Hermoso, quienes fueron decisivamente apoyados por un amplio sector de la alta nobleza castellana. Una vez hubieron fracasado todos los intentos de Fernando de mantener su regencia, este decidió aguardar la llegada de tiempos mejores concentrando sus esfuerzos en la política exterior, y muy especialmente en las complicaciones internacionales que causaba su dominio sobre tierras italianas. Italia aparecía dividida en pequeños y desorganizados estados, y constituía una presa muy apetecible para los diferentes reyes europeos, y ya en 1495 el rey Católico hubo de reclamar a su adversario francés, Carlos VIII, los condados catalanes de Rosellón y Cerdeña y más tarde formó parte junto a Maximiliano, rey de romanos, y el propio Papa de la Liga Santa, una alianza política que disfrazaba de espíritu cruzado las mismas ansias

⁶ Villena desarrolla casi una decena de epígrafes acerca de los diferentes argumentos que podían consolar a un progenitor en ese trance. Así por ejemplo, la muerte de una hija libera a sus padres de la responsabilidad de salvaguardar su virtud, de protegerla de los engaños y falsas promesas de sus ocasionales seductores, de vigilar que no sea corrompida por nigromantes, etc.

expansionistas que guiaban al monarca galo. En el transcurso de la campaña italiana que tenía como objetivo impedir la invasión francesa de Nápoles, desempeñó un papel estelar el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, aristócrata español que supo contener el ataque del enemigo antes de vencerlo definitivamente, en 1503. En estos enfrentamientos bélicos se reveló como un gran estratega, capaz de planear el momento mejor para el ataque y de utilizar inteligentemente los nuevos ingenios bélicos y la combinación de caballería e infantería, las armas blancas y de fuego, así como la presencia de segundones de familias nobles en el cuerpo de infantería (Hillgarth 1978:223). En paralelo, a partir de 1505 la política exterior cobró un renovado interés para Fernando, quien se afanó en mantener a raya los intentos franceses de reconquistar el territorio italiano formando la hermandad internacional a la que ya nos hemos referido algo más arriba.

Pues bien, muchos de los elementos que consignamos en el párrafo anterior pueden hallar su reflejo literario en el libro de Páez de Ribera. Desde la muerte de Perión, que revela la crisis (y casi podría decirse que hasta el ocaso) de un linaje caballeresco, hasta la relevante actuación de un personaje noble, desconocedor de su origen regio, Florisando, como brazo ejecutor de la Cruzada en el occidente europeo que arremete contra todo jayán idólatra que se cruza en su camino, hemos constatado en la trama algunos paralelismos merecedores de cierta atención. Por ejemplo, buena parte de la acción de este libro de caballerías se desarrolla en suelo italiano, y tanto el emperador de Roma como el Papa intervienen para contener el avance de una confederación de mandatarios paganos que crean su propia liga de heterodoxos, y devolver a la corte amadisiana al mundo real, respectivamente. Entre el linaje de Amadís y el del emperador de Roma, como también sucede en el caso de Fernando el Católico y Maximiliano de Habsburgo, se acabará estableciendo un vínculo familiar, pues ya hemos dicho que Elisena y Arquisil casarán tras quedar la infanta embarazada, aunque nada sugiere que ese niño, posible trasunto de Carlos V, que a la altura de 1510 todavía era un niño, vaya a protagonizar grandes hazañas en el futuro. Por otro lado, el historiador refiere en el capítulo final del texto cómo ha dejado fragmentos sin traducir por falta de tiempo. Entre estos pasajes apócrifos se mencionan, expresamente, la muerte de Amadís y las muchas gestas realizadas por el ya príncipe Florisando.

Como contrapunto al personaje fantasmal del infante que muere postrado en el lecho siendo casi un niño, Páez presenta en la figura de su héroe a un líder activo y pragmático, que toma desde muy joven las riendas de su vida y decide orientar el mundo caballeresco en otra dirección; es un buen cristiano, pero también un hábil militar, que se preocupa por la cuantía de los botines confiscados a los enemigos y utiliza sagazmente la política matrimonial para establecer nexos de unión entre los diferentes territorios conquistados. La trama se llena de episodios bélicos, en los que se ponen de relieve los planes estratégicos que idea Florisando, las novedades armamentísticas utilizadas y la ecuanimidad del joven caballero a la hora de beneficiar a sus hombres. El hecho de que un guerrero valiente, pero de origen incierto, llegue a casarse con la hija de un emperador supone el punto culminante de su trayectoria y nos lleva a pensar si el autor no está proponiendo aquí una alternativa caballeresca que debe acentuar la consideración debida a las huestes nobiliarias, dada la trascendencia de sus actuaciones en las sucesivas campañas de reconquista territorial que protagonizan en el *Florisando*, mientras la corte amadisiana permanece sumida en su estado de hibernación y la última esperanza del linaje se extingue con la muerte de Perión. El propio héroe, que no desciende directamente del rey de Gaula, sino de una línea familiar paralela, representa a un nuevo modelo de guerrero, que antepone su misión como cruzado a cualquier tipo de gloria personal y sabe rodearse siempre de valerosos soldados con los que coprotagoniza, en igualdad de condiciones, una serie de *guerras guerreadas*.

Se ha señalado ya que la orientación moralizante por la que opta el autor del *Florisando* hace necesaria la supresión de la magia y de colectivos indeseables, como el de las doncellas errantes o los caballeros desocupados. Con esta medida, Páez pretendía desterrar de su obra una

serie de mecanismos que habían resultado muy operativos en el *Amadís* y las *Sergas*, pero que a él le parecen deleznable. En un hombre de mentalidad netamente clerical como la suya, resulta lógico el rechazo de las artes mágicas⁷, en tanto suponen una práctica herética que atenta contra la lealtad que todo cristiano le debe a Dios. Por su parte, esas doncellas que se lanzan a los caminos y los caballeros ociosos que sólo piensan en batirse en desafío o mantener licenciosos amores son criticados como elementos perturbadores de un oficio caballeresco que a Páez le merece el máximo respeto, en tanto constituye un valioso instrumento de ordenación social.

El *Florisando* estaría defendiendo, por lo tanto, lo necesaria que resulta la alta aristocracia como brazo ejecutor de la monarquía, cuando fallan algunos de sus principales resortes. No debemos olvidar algunos datos que pueden resultar útiles a este respecto, como el hecho de que el libro de Páez está dedicado a Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, que sirvió en la campaña de Navarra en 1512, ayudando a Fernando el Católico y que ya le había manifestado su adhesión en 1507, cuando el rey regresa a Castilla una vez solucionados sus múltiples conflictos con la alta aristocracia (Corona Baratech 1960: 41); o que en el tramo inicial de la obra nos encontremos con un segundón de familia ilustre, el Cavallero Triste, quien se ve desposeído del patrimonio familiar heredado por su hermano mayor y debe procurarse por sus propios medios la fortuna social que finalmente alcanza, al casarse con la duquesa Landrina. Carecemos de otras informaciones acerca del autor que quizás pudieran arrojar más luz acerca de sus propósitos, pero en cualquier caso parece obvio que su obra refleja un estancamiento monárquico que le lleva, por decirlo en términos cinematográficos, a girar la cámara en otra dirección, para enfocar a los miembros de un cuerpo social mucho más activo y acorde con la evolución de los nuevos tiempos, con capacidad para enfrentarse en la batalla, acrecentar los dominios de su nación y difundir la verdadera fe, por más que en ocasiones sus esfuerzos no reciban el debido reconocimiento por parte de sus superiores. En este sentido, pensamos que Páez escribió un libro de caballerías para nobles; un libro que reivindica en muchas de sus páginas la importancia que adquiere este grupo como elemento de nivelación social cuando la pérdida de vigor de la dinastía reinante se hace más evidente, y que permite acariciar a sus miembros, aunque sea tan sólo a través del proceso de lectura, el dorado sueño del cetro imperial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCALÁ, Ángel-SANZ HERMIDA, Jacobo (1998), *Vida y muerte del Príncipe Don Juan. Historia y literatura*, León, Junta de Castilla y León.
- HILLGARTH, Jocelyn N. (1984), *Los Reyes Católicos (1474-1516)*, Barcelona, Grijalbo.
- MÉRIDA JIMÉNEZ, Rafael (2001), “Fuera de la Orden de Natura”: *magias, milagros y maravillas en el Amadís de Gaula*”, Kassel, Reichemberger.
- PÁEZ DE RIBERA, Ruy (1510), *Florisando*, Salamanca, Juan de Porras.
- PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (1997), *El Príncipe Don Juan, heredero de los Reyes Católicos, y la literatura de su época. Lección inaugural del Curso 1997-1998*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- RAMOS NOGALES, Rafael (1995), “Para la fecha del *Amadís de Gaula*: «Esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen»”, *Boletín de la Real Academia Española*, 74, cuaderno 263, pp. 503-522.
- REDONDO CANTERA, M^a José (1987), *El sepulcro en España en el siglo XVI: tipología e iconografía*, Madrid, Centro Nacional de Información y Documentación del Patrimonio Histórico.

⁷ Incluimos un análisis específico de la condena de las artes mágicas que lleva a cabo Páez de Ribera en la tesis doctoral en la que estamos trabajando actualmente, bajo la supervisión del Dr. Juan Manuel Cacho Blecua; con ella intentaremos completar el estudio diacrónico del tratamiento que recibe la magia en libros de caballerías castellanos del primer cuarto del siglo XVI.

- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garcí (2003), *Sergas de Esplandián*, edición de Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia.
- ROUBAUD-BENICHOU, Sylvia (2000), *Le roman de chevalerie en Espagne : entre Arthur et Don Quichotte*, Paris, Champion.
- SALES DASÍ, Emilio José, «Visión y sueño nacional en *Las Sergas de Esplandián*», en Paredes Nuñez, Juan Salvador (ed.), *Medioevo y literatura; actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, volumen 4, Granada, 1995, pp. 273-288.
- VALERIO MÁXIMO (2003), *Hechos y dichos memorables*, volumen I, introducción, traducción y notas de Santiago López Moreda, M^a Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez., Madrid, Biblioteca Clásica Gredos.
- VILLENA, Enrique de (1976), *Tratado de la consolación*, edición, prólogo y notas de Dereck C. Carr, Madrid, Espasa Calpe.